

## MOSSEN BALLESTER

por ESTEBAN CARDA RIUS

Fue más amigo de sus amigos que éstos de él.

Vino a Villarreal y quiso ser uno más. Llegó con un enorme bagaje de conocimientos e ilusiones sin estrenar, al comienzo de la década de los cincuenta, exactamente en 1951.

Era un chicarrón fuerte, decidido y valiente, que se comía al pueblo entero; un obrero que llegaba a la mies apretando en sus manos los cinco talentos escondidos, nuevos, que a nadie enseñó. Se fue doce años después, en 1963, tocado de gravedad. Nadie supo nunca de su tragedia interna o de sus triunfos de adentro. Siempre la sonrisa, permanentemente la sonrisa, que no se acabó nunca; y un afán de trabajo que le multiplicase los talentos y menguase la mies. Aquí dejó su piel y su salud. Ocho años después de irse, el 20 de octubre de 1971, falleció en Castellón. Había nacido en Onda el 4 de febrero del 26 y allí llevaron su cuerpo a enterrar. Había cumplido cuarenta y cinco años, ocho meses y dieciséis días. Se llevó un capital de talentos inmenso, multimillonario; y una mies inexistente apenas, de tanto laboreo, de tanta cosecha. . . Su nombre completo, de filiación: Salvador Ballester Canellas; pero todos lo conocimos por "mossén Ballester".

Le conocí a su llegada, al atardecer del primer día en esta parcela. Tenía veinticinco años. Al cuarto de hora de charla nos conocíamos de toda la vida.

Tuvo en la plaza un maestro excelente: Lucas Salomón Martí, cura y arcipreste, licenciado en no sé que pero conocedor, quizá más por viejo que por sabio, como pocos, del ser humano, de sus interioridades, sus flaquezas y grandezas. Su único inconveniente, el llegar a esta parroquia tras la marcha episcopal de su

antecesor, que absorbía el recuerdo de los feligreses. Lucas Salomón falleció el 5 de diciembre de 1964 y rigió la Iglesia local desde 1946 a 1963, dieciséis años; y cuando jubilado se fue, la Parca cortó el hilo de su vida, allá en Ulldecona, su pueblo, donde quería descansar, un año después.

Ambos, Salomón el viejo y sabio, y Ballester el joven y emprendedor cura y coadjutor, obreros de la misma empresa, formaban un tandem excelente: delante, el joven, detrás empujando, el viejo, con resultados positivos. Difícil es que Villarreal olvide a estos dos gigantes.

Breve vida la de mossén Ballester. Su palmarés, al contrario, es de larga ejecutoria: seminarista en Tortosa, coadjutor en Tivisa y Villarreal, capellán del sanatorio antituberculoso, director de Los Luises, de los coros parroquiales, oficial de la procuradoría de bienes eclesiásticos, habilitado del clero, director de migración, vicario episcopal de migraciones y ayuda exterior, miembro del consejo del prebisteriado, cape-

llán de la residencia de ancianos de la Caja de Castellón.

Estos fueron sus poderes, sus armas de sacerdote puro, la ficha rápida y concreta que señala fría y concisamente los jalones que alinean la vida y los acontecimientos.

Pero, ¿cómo fue el hombre?

Tan intensamente estuvo aquí, calles, casas y rincones; tanto lo tratamos, que lo consideramos propio, nuestro, que siempre estaba a nuestra disposición. Nos lo encontramos dentro de la vida local y parroquial, del montón, y a la vez privilegiado en el afecto. Se vulgarizó su trato; era uno más. Nos congratulábamos de su amistad. Siempre, siempre, fue más amigo que los amigos.

La primera misa, generalmente, era la suya, al amanecer, cuando la noche había dejado de ser unos momentos antes, comenzando la jornada con el estreno del Cuerpo de su Señor consagrado en sus manos, en el primer milagro del día.

El Director General de Asuntos Eclesiásticos de aquel entonces, don Mariano Puigdollers, en una visita a su hermano Ramón, notario de ésta, asistió a misa en la arciprestal. Comentaba: "¿Quién es ese joven que ha celebrado misa y una sencilla plática, corta?. Me ha impresionado suavemente". "¿Gritaba mucho en el sermón?". "Sí, bastante; era rápido y vehemente". "Pues entonces, esa mañana no se lo estudió". "Llegará lejos, ese joven. . .", acabó don Mariano. Vaya si llegó lejos.

Cuando fue instituída por la Iglesia la festividad de San José, obrero y artesano, colocado con calzador el primero de mayo, fue oficiada la santa misa en el altar josefino, por mossén Ballester. El ayudante en la misa, el acólito como si dijéramos, pero ya mayorcito pues pertenecía a



la plantilla de una empresa local, al traspasar el vino de la vinajera al cáliz para consagrar, doblando el jarrillo, desprendió el taponcito que cayó dentro del cáliz. Rápido, el acólito trabajador o productor, como entonces se decía, fue a colocar sus índice y pulgar dentro del vaso sagrado instintivamente, para sacar el tapón; pero más rápido fue mossén Ballester, apartando con un golpe cariñoso la mano laica. "Alto, para...", susurró como si fuese latín del misal, y retiró la pieza sin que nadie se diera cuenta.

Enamorado de la música, Bach le chiflaba; se compró un tocadiscos, un aparato de los humildes del mercado, sin sofisticaciones ni virtuosismos propios de estos inventos, en los que para conocer todos sus intrínquilos y posibilidades se precisan estudios especiales. Aquellos antiguos ya tenían sus pelendengues, cosas de brujas. Me dijo: "Un día, lo entregaré a la congregación...", como si se avergonzara de haber adquirido el aparato.

Dirigió el coro parroquial, el de purisimeras y el de rosarieras; todos estaban con él.

Se sinceró conmigo que desconocía las corridas de toros de verdad y que le gustaría asistir a una. "Eso está hecho. A la feria de julio de Valencia, iremos". "Poco a poco -aclaró- primero tengo que obtener autorización del obispado". No era tan fácil, pero pidió el permiso y le fue concedido, no faltaba más. Elegimos el mejor cartel de la feria de San Jaime, y con el permiso de la autoridad episcopal y el tiempo que lo permitió, en una tarde de esas que se llaman de fiesta cumplimos el encargo. Bautista Sifre, mossén Ballester y yo, llenos de ilusión, en tren que paraba en todas las estaciones del trayecto, llegamos a Valencia; al salir de la estación, lo primero que vimos, a nuestra derecha, fue la plaza de toros como anticipo del goce taurino: mossén Ballester iba de neófito. Fuimos antes que nada a la visita de la Virgen de los Desamparados y,



al salir de su capilla, entramos en la catedral para postrarnos ante el santo cáliz. Luego, al mar, tranquilo mar, bajo un sol de fuego, encendidas las mejillas y el cuerpo entero. Cerca de la playa, de las diminutas olas que ni se enteraron, comimos en un típico restaurante; y pronto, por si acaso, nos fuimos al coso, que era imán atrayente. Sombra, buena localidad y mejor cartel: una terna de lujo que no voy a citar con la plaza hasta la bandera. A mitad de la corrida, porque en Valencia hay descanso para que el respetable pueda merendar, mossén Ballester, de sotana negra como la noche oscura, con cuello pasado como mandan los sagrados y auténticos cánones, que no los taurinos, ofrecía en su traje talar por la

espalda, un mapa mundi enorme, con los grandes manchones del sudor marcados, que no sé cómo se las arreglaría Carmencita, la hermana del eclesiástico, para dejarlo en estado de revista. ¡Qué sudada!. Y sin desabrocharse un botón siquiera. Gran corrida. Una tarde de esas que se dan de vez en cuando, no siempre. Los lidiadores se empeñaron en lucirse y los toros en colaborar como es su obligación, como si supiesen que nosotros estábamos allí y por compromiso, uno por primera vez y quizá única vez. Los tres toreros salieron de la plaza más limpios y aseados que entraron, sin una gota de sangre que manchase sus luces. "Eso de torear es fácil; yo también lo haría". Con una satisfacción enorme, con-



tentos, salimos de la plaza para ir directamente a la estación del ferrocarril, allí en la otra esquina, y regresar a casa. Pero en la puerta de salida, entre la multitud, nos encontramos con un grupo de gentes de Villarreal, del Club Taurino, que rodearon al mossén y se lo llevaron. Sifre y yo volvimos en tren. Una tarde colorida, como una escarapela alegre y vistosa, que se adhirió por un momento a la negra sotana, alegrando a aquella persona sacrificada diaria, vocacionalmente, que una vez lanzó las campanas al vuelo y la gozó humanamente.

Mossén Ballester fue un enamorado de la Inmaculada congregante, la de los chicos, considerada una de las más bellas imágenes de Ortells. Después, hicieron las andas que todavía están sin decorar. Para sufragar estas realizaciones se promovieron distintas formas de financiación: incluso la emisión de unos compromisos de préstamo personal. No sé cómo acabó. Un congregante viejo le dijo al mossén: "¿Cómo y por cuánto dinero tengo que colaborar, y déjeme de papeleos?" Mossén Ballester le indicó enseguida: "El domingo habrá una colecta extraordinaria. Tome usted un billete de mil pesetas, dóblelo y envuélvalo con otro billete de una peseta, deposítelo en la bandeja. Así, los chicos, cuando cuenten los dineros, creerán sacar una peseta y se encontrarán con mil una. Se alegrarán". Al hablar de la nueva imagen se le iluminaban los ojos. Comparándola con otras inmaculadas de parroquias cercanas, decía: "Vale más la pequeña manzana que lleva en la boca la serpiente, que toda la vuestra".

El 5 de diciembre de 1964 falleció en Ulldecona el licenciado Lucas Salomón. Diez días después, en la arciprestal, se celebró un solemne funeral con asistencia de asociaciones, congregaciones, pueblo y, corporativamente, el Ayuntamiento con maceros de luto. Ofició el arcipreste sucesor, Vicente Pascual Moliner, y fue ayudado por mossén



Mossen Salvador Ballester fue nombrado "congregante de honor" de Los Luises

Ballester y el padre franciscano Esteban Fernández. Cerca de siete años después de separarse se encontraron allá arriba, Lucas y Salvador, maestro y discípulo aventajado. El último encuentro en espíritu, aquí abajo, fue en este funeral. Ballester estaba ya un año en Castellón y vino expresamente para ayudar al arcipreste en las exequias, honras fúnebres, de su buen amigo y maestro, Lucas Salomón.

Honores y reconocimientos: Ballester congregante de honor y la dedicación de una plazoleta, frente a lo que fue entrada a la iglesia de la Sangre, de cuya antigua edificación

queda la puerta renacentista encarada a la Murá, más un recuerdo que una realidad, medio rotos los repujados de la Pasión sobre su lámina metálica. Honores de la congregación que dirigió y del pueblo que lo distinguió con su afecto y recuerdo por su entrega a la parroquia y a todos los villarrealeses.

Al pasar por allí, por la plazoleta, puede que quede una plegaria que se dice de corazón y no es oída por nadie, pero sí escuchada por mossén Ballester, desde allá donde esté, que por algo en vida fue más amigo de sus amigos que éstos de él. Todos lo fueron. Por algo será.

